

SOBRE LA HISTORIA

POR

THOMAS MOLNAR (*)

Se lee a los historiadores, a Tácito, a Comynnes, a Mommsen o a Toynbee, y se aprende, se anota, se constatan los paralelismos entre Alejandro y Napoleón o el Senado romano y el de Washington. Sin embargo, no se lee la historia de la actualidad, o más bien, no se lee la actualidad como historia. O, si se prefiere, no se leen los periódicos como historia.

En todo caso, es de lo más instructivo. Al leer a Tucídides sobre la Guerra del Peloponeso, a Tácito sobre los Césares, a Comynnes sobre Luis XI y el Duque de Borgoña, no aparece la materia humana, los olores, los trabajos, las habladurías sobre el mercado, los temores y los rumores. Todo eso lo encuentro al dar una vuelta por mi pueblo, donde olfateo lo cotidiano, compruebo las pequeñas esperanzas y los grandes conformismos, las ambiciones que afloran y luego engordan, observo la gente que se sitúa a favor de la corriente. Por todas partes miedo y ambición, el dorso de la historia, las pasiones de los espíritus mezquinos.

Tomemos la actualidad y sus coordenadas. Rusia amenaza con estallar; Alemania reunificada; Japón cada vez más consciente de su fuerza; América pavoneándose sobre el escenario; Africa en plena desbandada, desde Africa del Sur hasta Argelia; el Oriente Medio con sus conflictos entre árabes y judíos, etc. Veamos los pequeños movimientos dentro de este cuadro. Cada cual se apresura para recuperar la historia, al menos lo que considera

(*) Publicamos este interesante artículo del profesor Thomas Molnar, escrito hace dos años y que una carpeta mal archivada impidió su publicación en su momento. Traducción del francés de Fernando Cantero.

como historia. Durante setenta años, personas muy serias se han dedicado a la «sovietología». Eran profesores, comentaristas, expertos, conferenciantes, autores, profetas del fenómeno marxista y de sus manifestaciones en Rusia, en China, en Cuba o en Mozambique. Todo su ser y sus ingresos se explicaban por el estudio del comunismo. Y todo eso durante setenta años en todos los países. Vidas comprensibles únicamente en relación al comunismo, a su historia, a sus víctimas, a sus estadísticas, al medio que generaba, a su influencia atea, pedagógica, económica y artística.

En resumen, para una gran cantidad de gente el comunismo se convirtió en su ganapán, una vocación, un marco de vida, una identidad. Hoy día están en las últimas, ante ellos se alza el espectro del paro. Adquirieron un nombre, una tarjeta de visita, documentos que prueban que son especialistas en comunismo, se dirigían a ellos como a adivinos. ¿Qué hacer si Gorbachov es veraz y lo que ha emprendido no resulta un truco? La alarma se advierte en la redacción de las revistas especializadas, prestigiosos profesores se enfrentan al reciclaje, y periodistas se encuentran en la calle. Incluso el ciudadano, acostumbrado a una dosis de anticomunismo con el café de la mañana, y a una segunda dosis de imágenes de horror en la pantalla de su televisor por la noche, busca somníferos debido a que sus hábitos se han trastornado.

De este modo tenemos que imaginarnos todas las épocas de la historia, *mutatis mutandi*, por supuesto, pero de todos modos bajo este esquema. Un movimiento de masas: las guerras persas, las defensas antigermánicas en las fronteras de Roma, los escándalos de los Césares, las cruzadas, la Reforma, todos estos hechos de acontecimientos crearon su propio universo y sus propias líneas de fuerza conforme a las cuales las gentes se alinearon y situaron sus ambiciones, sus conformismos, sus slogans. Esto no impide que, de cerca, es decir, bajo el punto de vista del contemporáneo, estas cosas tienen su irresistible ridículo, pierden la perspectiva noble que les da la historia.

Concretamente, recibo y leo un gran número de publicaciones, por lo menos de media docena de países. Las conozco desde

decenios, con frecuencia desde su aparición. Por ello he tenido ocasión de seguir los matices al hilo de los cambios históricos. Durante años cada una de estas publicaciones amoldaba el tono adoptado a las vicisitudes de la guerra fría: anticomunismo pero con cierto respeto ante la potencia moscovita; también temor a que el comunismo invadiera el planeta, sobre todo su rinconcito; el análisis de la situación, pero muy a menudo sin tener en cuenta las realidades históricas, puesto que bien sea la ideología, los intereses o incluso el miedo, dirigió la pluma de los redactores. A la vista de cualquiera que hubiera llegado de Sirius, el planeta estaba en estado de agitación comunista, anticomunista, semicomunista, y la historia se cerraba, puesto que no tenía nada que decir y nada que ver que no fuera rojo. Todos los grandes talentos se convertían en oráculos, dando su opinión sobre la finalidad del comunismo. Valía más ser rojo que muerto.

Sin embargo, desde hace algunos meses ocurre lo contrario. Los soviétólogos se felicitan cuando perciben una pequeña luz en China o en Cuba de que el comunismo no puede haber muerto, que se continuará pidiéndoles artículos «sobre las intenciones» de Gorbachov y la influencia oculta de Raisa. Y hay todavía mesas redondas con algunos sabios, supervivientes de la época feliz en que el comunismo estaba en todos los labios. Pero el espíritu de la historia ha desaparecido: el marxismo agoniza, se ha desplazado a los pequeños cenáculos trotskistas y a los medios de comunicación, los cuales, como los Borbones, no aprendieron nada ni olvidaron nada.

Decididamente la historia ha cambiado la chaqueta. Y las revistas que recibo ya no cantan las alabanzas de Moscú sino las de Washington; los temores humillantes quedan en el olvido, todo el mundo es liberal, *market-oriented*, esta dispuesto a invertir, a fundar bancos mundiales, a medir el planeta según los valores del Dow-Jones. El gran hombre ya no es Lenin sino Michael Novak; a los Estados Unidos se les glorifica como antes a la Unión Soviética; la llave de todas las virtudes consiste en el interés del individuo. Se cambia de perspectiva y de adhesión con una rapidez vertiginosa, se establecen nuevas carreras, los

soviatólogos se convierten en masa, aunque no sin dejar tras ellos un último juicio: os dije siempre que el marxismo no podía durar...

Al leer a Tácito se queda uno asqueado por las adulaciones que rodeaban a Tiberio, después a Calígula, a continuación a Claudio, a Nerón, etc. El lector llama a eso la gran historia, queda en debida forma impresionado, y se dice, *in petto*, que afortunadamente eso sería imposible en nuestros días. No se da cuenta que su periódico de la mañana le da exactamente la misma cosa: ayer se adulaba a Moscú y a Breznev, hoy a Bush y a Reagan, y mañana..., pero efectivamente, ¿qué va a suceder mañana? Pues bien, para la historia no hay mañana, todo se acaba hoy. El estado momentáneo de las cosas es definitivo, somos nosotros los que hemos ganado (Fukuyama *dixit*, como Kojève antes que él, pero mirando a otro horizonte).

Sería necesaria la pluma de un Balzac o de un Duque de Saint-Simon para pintar los nuevos *establishments*. Expertos, burócratas, comentaristas, conferenciantes, editores, profesores, que prueban que la historia jamás consideró el triunfo del comunismo, que siempre se inclinó a favor del capitalismo. Que el fin de la historia humana es el capitalismo, y que era una aberración pensar de otro modo. Masas y élites, nepalés y patagones, banqueros y sabios, todos sabían desde siempre, que el único remedio para los males de la humanidad era el libre mercado, el comercio internacional sin trabas, el interés individual. El auténtico clásico no es en absoluto Marx sino Hayek; la Sorbona del siglo veinte es el Harvard Business School.

Los profetas: Guy Sorman y Michael Novak. Y, como hay profetas, tiene que haber paganos, descreídos, excluidos, relegados al ostracismo y gulagizables (1). Todos aquellos que no aspiran el viento de la historia y no levantan el puño delante del altar de Wall Street.

En resumen, el juego de los setenta años pasados se renueva,

(1) En el original gulaguisables. Neologismo que indica la capacidad para ser enviados a los campos de concentración (GULAG) de quienes se oponen al sistema.

sólo que en lugar del Kremlin será necesario adorar a la Casa Blanca. Y el Fondo Monetario Internacional sustituye al partido comunista. Según las últimas noticias, se está buscando un nuevo mausoleo para un cuerpo embalsamado, ¿por qué no Henry Ford?

Dentro de setenta años, o menos, se habrá olvidado al triunfador del momento (1990), la historia escribirá otro capítulo y los capitalistas de hoy se encontrarán en el paro, con sus corifeos, expertos, estadísticos y profesores. ¿Pero que quieren ustedes? La historia no consiste sólo en capítulos sucesivos, también en cada capítulo hay ingenuos que se agitan tras los expertos, y que juran que ha llegado el fin de la historia. Si la historia tiene una astucia no es la que pensaba Hegel, sino más bien esta: hacer creer a los crédulos, es decir, a los hombres, que los muebles colocados permanecerán siempre en su lugar.